

La felicidad, ja, ja

Siempre me ha sorprendido que la gente, prácticamente en todo el mundo, pero sobre todo en nuestro triste país, se considere feliz. Y sí, las encuestas no mienten. El nivel de felicidad de los mexicanos en los últimos años supera siempre el 80 por ciento. Yo, descreído como soy, me inclino a pensar que las personas mienten. La pregunta es por qué.

Aunque yo no me considero una persona particularmente infeliz —y motivos no me faltan—, lo que veo a mi alrededor me ha convencido desde hace muchos años de que las personas, y aquí caben todas las descripciones humanas, en su gran mayoría son más infelices de lo que estuvieran dispuestas a admitir.

Podemos ser infelices por una enorme cantidad de razones, cierto, y nuestro país da para mucho: desempleo, pobreza, racismo, migración, por citar sólo tres, pero además de éstas nos empeñamos en crear nuestros infiernos privados. Sobre todo en todo lo que se refiere a las relaciones entre las personas, las de tipo amoroso en especial.

Y lo que más me sorprende es que esta infelicidad evidenciada en programas radiofónicos, televisivos o de muchas secciones en los diarios —que han hecho de la miseria humana verdaderas minas de oro— se manifiesta en su faceta de relaciones destructivas, violencia intrafamiliar y un largo etcétera, es decir, en formas que niegan de tajo el sentido mismo de las relaciones, que muestran un desprecio incomprensible hacia personas que alguna vez fueron el centro de nuestra vida y que consideran que ya no tienen nada que ofrecerles.

Al decir esto no dejo de pensar en la lección de Marguerite Yourcenar, quien a través de Adriano nos dice que “nuestro amor nos arrastra a un universo diferente, donde en otros momentos nos está vedado penetrar y donde cesamos de orientarnos tan pronto el ardor se apaga o el goce se disuelve”.

“Jamás he podido comprender que pueda uno saciarse de un ser”, dice más adelante, pero debo admitir que la realidad de nuestro tiempo le desmiente, y no porque —pienso— parta de un falso silogismo, sino porque nosotros mismos no hemos sido capaces de crear los métodos o instrumentos para evitar que nuestras relaciones caigan en el hartazgo, e incluso el odio hacia aquello que en un principio nos hizo amar.

Las estadísticas, otra vez, no mienten. Contra lo señalado por la ilustre escritora, hoy los amores no suelen durar más de tres años. El hartazgo re-

emplaza al amor y la incondicionalidad que un día llegamos a sentir por alguna persona.

Tal vez porque, y eso puedo entenderlo, hemos errado el foco del amor; hemos intentado depositarlo en otro, u otra, cuando hemos sido incapaces de destilarlo para nosotros, de respondernos preguntas elementales, como si podremos superar nuestro narcisismo o si dejaremos nuestro amado egoísmo a un lado una vez encontrado el amor.

En lo personal jamás he enfrentado este dilema, pues debo confesar que cada amante ha sido, lo juro, el amor de mi vida. Y ésta que podría parecer una declaración cínica es en realidad la confesión de parte de cómo me he rendido al amor cada que éste se ha presentado a mi vida, y cómo he respondido el reto de amar y entregarme a cada una como si fuera la primera, o la última, vez. Quizás es la misma incapacidad que siento cada vez que he debido renunciar a él.

Esto me hace pensar en lo que la sabiduría personal significa, o al menos lo que significa para mí: tiene el único sentido de, como dice André Comte-Sponville, habitar lo que se sabe, amar lo que se sabe. “La sabiduría no es una verdad más —apunta nuestro autor—, es el goce, el disfrute de todas ellas”.

Y el amor, querámoslo o no, es una especie de síntesis de las experiencias de la vida. Es la manera que tenemos de medir si nuestra vida ha valido o no la pena de ser vivida. A la hora de hacer cuentas, las personas miramos más hacia lo que amamos que a lo que nos hizo infelices. Lo tenemos escrito en nuestros genes, es una especie de recompensa que nos permite seguir viviendo: olvidar lo malo, darle un valor secundario; si no, la vida sería insufrible. Por eso hacemos duelos, para olvidar.

En cambio, de todas las cosas buenas que vivimos, de los paisajes, los momentos felices y los amores, sólo queda una memoria que nos excita, que nos permite rememorar el pasado como el mejor de los mundos posibles. Un engaño, sí, uno que nos da la felicidad que todos de una u otra forma buscamos al andar nuestra vida. De ahí que si algo queda al final es el recuerdo del amor.

Pero soy injusto al señalar sólo el final como el único recurso posible. En realidad, debo decir que la vida sólo tiene sentido al vivirla, y que en ese vivir el amor tiene un lugar especialísimo. Es una fuerza que da sentido a la vida. Nos permite saber que vivimos justo para eso, para amar y ser amados. Y conste que esto lo dice un hombre enamorado. ¶